

LA VIRGEN QUE LLORA

Emcharos

- Dime porqué lo has hecho.
- Mamá, te juro que yo...

Cecilia abofeteó la cara de su propia hija. No importaba que la niña sólo tuviera doce años. Tenía que aprender. Y si era necesario, a base de golpes. Ya se lo había advertido a la pequeña Judit: “mas golpes que los míos te dará esta ruin vida”.

- No vuelvas a jurar por nada, ¿me has entendido? ¡por nada!

Otra bofetada cruzó el rostro de la niña. Las lágrimas comenzaron a bañarle los ojos y a desembocar en su barbilla.

- Lo siento, mamá...
- Estarás perdonada siempre que reconozcas tus pecados y pagues por ellos. Sólo así podrás quedar limpia de todo mal. Y ahora dime... ¿le robaste a ese niño su estuche de colores?

Judit guardó silencio mientras seguía llorando.

- Contesta...

Más silencio.

- Contesta...

Más silencio...

- ¡Contesta!

El silencio se rompió con las bofetadas que de nuevo recibió la niña. Sus alaridos de sufrimiento y clamando piedad no obtuvieron resultados en su colérica madre.

- ¡No me pegues más, por favor! ¡No me pegues...!

Cecilia agarró con fuerza a su hija de sus largos y dorados cabellos, arrastrándola por todo el salón comedor. Judit intentaba zafarse de aquellas manos que la maltrataban, pero era inútil. No tenía las fuerzas ni el valor necesario para hacer frente a su propia madre. Cecilia la subió a rastras por las escaleras, hasta el piso de arriba. Judit se quejaba dolorida por recibir un golpe tras otro de los peldaños que ascendían a la primera planta. Al desván. Allí se metieron ambas, con la puerta y ventanas cerradas al exterior. Cecilia fue desabrochando el vestido de su hija, dejando su espalda descubierta. La hincó de rodillas. Frente a ellas, estaba la imagen de la Virgen Maria.

- Ni se te ocurra moverte de ahí.
- Mamá, por favor...

Los sollozos apenas dejaban hablar a Judit. No le salían las palabras. Tan solo le salían lágrimas y más lágrimas. Su madre cogió un bastón y se puso de pie, al lado de la pequeña.

- Mira a la Virgen...

Judit no reaccionó al instante. Le dolía todo el cuerpo.

- ¡He dicho que mires a la Virgen!

Fue en ese momento cuando la niña, llorando apenada, observó la figura de la Madre de Dios.

- ¿Ves como llora? ¿Ves como llora? ¡Está llorando por nosotros! ¡Por nuestra maldad! También llora por ti, Judit. Porque has pecado. ¡Porque no has sido una buena cristiana!

- Lo siento, mamá...
- Di la verdad... ¿Fuiste tu quien robó ese estuche?
- Yo...

Cecilia golpeó con el bastón la espalda de su hija.

- ¡Yo no...!

La mujer volvió a golpear su espalda, esta vez con más ganas.

- ¡Si, mamá!

Judit no pudo soportarlo más. Aunque mentir también era pecado, debía de hacerlo, antes de que su madre la matara allí mismo.

- Yo fui quien... robó ese... estuche...

Cecilia se quedó ya más tranquila. Dejó caer el bastón al suelo y se arrodilló junto a la niña, a la cual acarició con cariño.

- No pasa nada, hija mía. Todos caemos alguna vez en las tentaciones del Maligno. Ahora reza. Reza para que la Virgen Maria te perdone y te proteja siempre.

Cecilia se puso en pie y marchó para la puerta.

- Te cerraré la llave, para que nada ni nadie te moleste en tus rezos. Vendré luego por ti.

Judit se quedó allí sola y llorando, encerrada en el desván sin poder salir. Una vez más. No estaba dispuesta a seguir con aquella mala vida. Tenía que poner fin a todas esas palizas. Tenía que escapar.

Se fue para una de las ventanas que estaba cerrada. Pretendió abrirla, pero no pudo. Lo intentó con las dos restantes. Una de ellas tampoco se dejó abrir. La tercera ventana sí se abrió. Se subió a ella, con la intención de montarse en el tejado y bajar al porche deslizándose por una tubería. Consiguió montarse en el tejado. Pero no logró llegar a la tubería. Antes, resbaló y fue rodando por todo el tejado, hasta quedar colgada de él. Sus manos se aferraban a las tejas. Se aferraban a la vida.

- Por favor, angelitos... Ayudadme a subir...

“Los ángeles están con nosotros para ayudarnos”, le había dicho su madre en más de una ocasión. Judit los invocaba con toda su fe. Nada extraordinario sucedió. La niña no aguantó el peso de su cuerpo, y no pudo subir al tejado. Se soltó en el aire, como una hoja seca, mientras seguía rogando ayuda a los ángeles antes de caer en la dura superficie de cemento. Sin embargo, ningún ser alado apareció volando junto a la pequeña. Ningún ángel celestial la esperaba abajo, para sostenerla entre sus brazos. Los únicos brazos que la agarraron fueron los de la muerte. Allí quedó Judit, inerte entre un charco de sangre, una estampa de una Virgen que llora, y los gritos de dolor de su abatida madre.